

Sábado XXI del TO



31 de agosto de 2024

1Cor 1, 26-31

Sal 32

Mt 25, 14-30

P. Eduardo Suanzes, msp

El Reino de Dios no es tanto **lo que hacemos** bajo la inspiración de Dios, **como lo que Dios obra en nosotros con o sin nuestra cooperación**. Y es que el Reino de Dios es a menudo inquietante, a juzgar por muchas de las parábolas de Jesús. Hoy la primera parábola nos habla de ese hombre que se va de viaje a tierras muy lejanas y deja a sus criados la administración de sus bienes: es la así llamada parábola de los millones.

Es otra parábola para inculcar el sentido de la responsabilidad: los dones que cada uno ha recibido no pueden estar ociosos; hay que hacerlos fructificar al máximo. Lo intolerable es la pusilanimidad y el miedo al riesgo, que nace en la parábola de un falso concepto del Señor). Es la idea expresada ya en otra parábola, donde se hablaba de la fecundidad de la tierra buena y a la esterilidad de la mala¹.

La parábola de hoy² supone conocer los que Dios nos ha dado, descubrir lo que hay detrás de cada uno y saber cómo y a quién trabajaremos esos dones que Dios nos dio. Es una tarea que, si Dios nos confía, sabemos que garantiza el éxito pero sólo si nos permitimos desplazar la mirada de nosotros mismos a nuestros hermanos. Ver y discernir para quien es cada talento y así producirá el fruto deseado y la obra de evangelización de Jesús estará garantizada.

El sentido global de la parábola no se nos escapa. Dos de los hombres a los que se les confió dinero habían aumentado notablemente su capital y fueron alabados. Un tercero confesó que había temido arriesgar el dinero de su señor y lo había guardado cuidadosamente entonces devolvió la suma exacta que había recibido: Se supone que esperaba ser alabado por su cautela y estricta honradez. Pero ya sabemos cómo respondió el dueño de las tierras. Acto seguido, este tercer servidor queda privado de su dinero, que es entregado a su colega más emprendedor. Ahí termina el relato.

Parece evidente que el interés se centra en la escena de la rendición de cuentas y en particular en la postura del servidor precavido cuya confiada complacencia recibe tan dura repulsa por no afrontar los riesgos. Los detalles del relato están subordinados a este dramático clímax.

¹ JUAN MATEOS Y FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1981

² Cfr. SERGIO GARCÍA, MSPS. *28 de agosto 2019. Oración, San Agustín (para el sábado 31 de agosto 2019)*

La conclusión que nosotros sacamos es esta: se trata de una persona exageradamente precavida y cobarde, demasiado cautelosa y tímida para destacar en nada. Pero hay más: porque el dinero pertenece a otra persona y le fue confiado para que lo invirtiera. Su exagerada precaución adquiere así un matiz más sombrío. Equivale a una prevaricación, es decir, faltar conscientemente a los deberes de su cargo. Ese hombre es un siervo inútil, un granuja incapaz. Este es el juicio que la parábola se propone arrancar.

¿A quién, según esto, hay que aplicar el juicio? Para responder a esta pregunta debemos situarnos en la posición de los oyentes de Jesús, los cuales sólo podían hallar una clave para entenderle en su propia experiencia y en el ámbito de sus propios conocimientos.

Debemos recordar que en el Antiguo Testamento y en la práctica judía la relación de Dios con Israel se presentaba tan constantemente como la de un «señor» con sus «siervos» que cualquier oyente de la parábola buscaría casi inevitablemente una interpretación en ese sentido. Entonces, ¿quién es el siervo de Dios al que se condena por una exagerada precaución que equivale a una prevaricación? Yo diría que se trata de ese judío piadoso al que tanto critican los Evangelios. Él busca su seguridad personal en una minuciosa observancia de la ley. «Construye una cerca en torno a la ley» y paga el diezmo, todos los impuestos que hay que pagar, el que filtra el mosquito y se traga el camello y busca hacer méritos delante de Dios. «*Todo eso, -decía aquel hombre piadoso- lo he observado desde mi juventud*»; «*ahí tienes lo que es tuyo*». Mientras tanto por una política de exclusivismo egoísta, convierte la religión de Israel en una magnitud estéril. El pueblo sencillo, los publicanos y los pecadores, los gentiles, no se benefician de la observancia farisaica de la ley, y Dios no percibe intereses de su divino capital.

Abandonar la escrupulosa conducta y disciplina farisaica entrañaba sin duda un riesgo. Ese riesgo lo aceptaron los primeros cristianos y lo hicieron por inspiración de Jesús. Como sugiere la parábola, es el riesgo que implica toda inversión de capital; pero sin el riesgo de la inversión el capital permanece inútil.

Al final, el hombre que escondió el dinero fue privado de él no porque tuviera poco, sino porque no había aumentado lo que tenía, lo cual es muy diferente³.

Me atrevería con otro pensamiento: y es que cada uno de nosotros somos un talento que el Padre ha dado a Jesús. Un talento que el Padre le ha dado para el servicio de nuestros hermanos. Ojalá dejemos a Jesús que obre, haga y deshaga a su antojo con cada uno de nosotros.⁴

³ C.H. DODD. *Las parábolas del Reino*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1974

⁴ SERGIO GARCÍA, MSPS. *Ibid.*